

Acercas de creencias y prácticas mágicas en la Antigüedad

M. Luz Neira Jiménez

Profesora Titular de Historia Antigua,
Universidad Carlos III de Madrid

Desde los inicios de la Historia en el Próximo Oriente Asiático y el Antiguo Egipto distintas creencias y prácticas mágicas aparecen documentadas por las fuentes escritas y a través de diversos restos materiales.

Tempranas creencias

No obstante, existen indicios que podrían respaldar un origen mucho más antiguo, en la Prehistoria. Y en este sentido –aunque para el más amplio período de la Historia de la Humanidad la ausencia, todavía, de los testimonios nítidos que aportaría mucho tiempo después la escritura obliga a una gran cautela– el análisis de algunos hallazgos arqueológicos ha dado lugar a interpretaciones acerca de muy tempranas creencias relacionadas con el complejo mundo de la magia.

A este respecto, podría aducirse, como ejemplo, la costumbre de espolvorear los cadáveres con una sustancia ocre-rojo durante el ritual de inhumación, que ya practicaban los

neandertales y quizás, tiempo atrás, algunos de sus antecesores a juzgar por los hallazgos que en las últimas décadas han revolucionado el estado de la cuestión sobre tantos y tantos temas relacionados con el pasado más remoto y entre los que se cuenta el enterramiento tras la muerte de los familiares y miembros del grupo. Sin incidir en la propia costumbre del enterramiento, como acto consciente y voluntario que nos diferencia de las demás especies, y sobre cuya posible intencionalidad se sigue debatiendo, o en el ajuar funerario depositado, el recubrimiento con una sustancia determinada del cuerpo de los fallecidos podría sugerir un intento de preservación del cadáver y, al tiempo, la valoración de ciertas materias o sustancias por sus supuestas propiedades.

Recreación de experiencias

En otro escenario, en el hábitat propio del *homo sapiens* que con sus creaciones ya no sólo funcionales protagonizará los orígenes del Arte, algunos estudiosos, a la hora de explicar el significado de las pinturas rupestres, concretamente aquellas figuras de animales captadas en el instante de haber sido heridas por una jabalina y entre ellas las más excelsas de Altamira, descartaron su identificación como simples escenas de la vida cotidiana, en tanto recreación de experiencias ya vividas y, en consecuencia, glosa de las hazañas alcanzadas; al tiempo que planteaban una posible conexión con prácticas de magia simpática, apuntando la posibilidad de que los autores de las pinturas, en el contexto final del Paleolítico Superior, hubieran intentado propiciar con estas representaciones las condiciones



Pintura rupestre, cuava de Altamira, Santander



Cleopatra haciendo una ofrenda a Isis. Bajorrelieve. Museo del Louvre, París

favorables y el éxito de una buena caza, según una concepción bien conocida que se basa en la reproducción del objeto o la escena deseada como premisa para su consecución.

Al margen de estas teorías, susceptibles de críticas u opiniones contrarias al ser la cinegética un tema de gran complejidad en lo relativo a su simbología, no es de extrañar que ya en la Prehistoria nuestros antepasados, en el marco de un medio natural tan hostil en todos los aspectos, hubieran intentado protegerse especialmente de determinados fenómenos y/o situaciones, ante las que se habrían encontrado incapaces de responder de un modo factible y certero, recurriendo a cualquier medio.

El chamán o hechicero

En este sentido, es de suponer que, en tales circunstancias, salir airoso de alguno de los tremendos avatares a los que figuraban expuestos nuestros predecesores habría revestido, *ipso facto*, de un supremo prestigio al hipotético artífice de una idea, estratagema o práctica responsable de una gran fortuna, como la complicada supervivencia. A este respecto, resulta muy reveladora la representación de una figura híbrida interpretada como un “chamán” o hechicero, que ocupa una posición de privilegio en la pintura parietal de la Cueva de Trois Frères, en la vertiente septentrional de los Pirineos, en el marco de una escena compuesta fundamentalmente por figuras de animales que parecen doblarse al poder de su danza ritual, quizás como reflejo del reconocimiento a la superioridad conferida a uno de los individuos del grupo en su papel de líder.

A buen seguro, el papel predominante de este tipo de individuos debió ascender durante el Neolítico, en cuyo período, baste citar, a modo de ejemplo, el efecto que debía causar en los habitantes ya de un asentamiento estable y sedentario su retorno, —el de los varones destinados a una indispensable búsqueda de pastos para el ganado que les obligaba a trasladarse durante una parte del año y a explorar, por tanto, nuevos territorios— bien provistos de materias y bienes, hasta el momento, desconocidos y, en consecuencia, de gran valor para los componentes de la aldea; o tiempo después, por resaltar otro ejemplo significativo, el impacto generado por aquellos artífices de innovaciones tan decisivas como las obras hidráulicas que permitirían el cultivo de tierras, antes inhóspitas, con la posibilidad de ampliar el hábitat a zonas como la Mesopotamia central y meridional.

El poder atribuido al talismán

En cierto modo, “hazañas” como las citadas habrían contribuido en los albores de la Historia a la apropiación y consolidación del poder por los individuos que las protagonizaron, fundamentando la génesis del estado y su orientación y estructura jerárquica, particularmente en lo político y en lo religioso, al presentarse como líderes, por elección de los dioses, capaces de interpretar los designios divinos en el Próximo Oriente, o, en el caso egipcio, al aparecer como descendientes de aquellos y, por tanto, de origen divino.

Pero al margen de esta evolución al amparo ya de la civilización, curiosamente será desde la órbita estatal desde donde más se combatirá cualquier signo o indicio de “poderes”,



Figura de un chamán. Cueva de Trois Frères. Francia

probablemente por el peligro que implica todo aquello que pudiera figurar al margen de las reglas instituidas. En esta línea, sirva como exponente la inclusión en el famoso Código de Hammurabi –en torno a la primera mitad del siglo XVIII a.C.– de artículos referidos a la prohibición de prácticas de brujería, sin especificar cuáles, a la acusación con o sin pruebas y, en cada caso, los diferentes supuestos a los que debería someterse el acusado, así como el testimonio decisivo que a efectos legales implicaba la supervivencia a la corriente del río –en aquel contexto una muerte segura–, con la consiguiente pena de muerte para el artífice de tan falsas imputaciones.

¿Sería acaso portador de algún talismán el superviviente de una prueba semejante, a juzgar por los testimonios de los antiguos? Pues entre las creencias más difundidas se encuentra la atribución a determinados objetos, denominados talismanes, de un poder capaz de ejercer una influencia extraordinaria.

Amuletos contra los maleficios

A diferencia de éstos, los amuletos eran portados con la finalidad de preservarse de enfermedades y maleficios y protegerse de la influencia maligna de personas o cosas, pretendiendo en último extremo eludir la muerte. En este sentido, el uso de amuletos alcanzaría en el Antiguo Egipto un gran auge, documentándose ya desde el Reino Medio, a principios del II Milenio a.C., objetos con forma de bumerang en marfil con diseños y fórmulas mágicas, si bien dichas fórmulas habían aparecido con anterioridad en el III milenio en un contexto funerario ligado inicialmente sólo a enterramientos reales, más concretamente en los llamados Textos de las Pirámides, hallados en la Pirámide de Unas de la V dinastía en el Reino Antiguo. Con el transcurso del tiempo, las fórmulas mágicas contenidas en los Textos de las Pi-

rámides experimentaron una mayor difusión, sin la preceptiva exclusiva real del pasado, decorando también los sarcófagos de madera de personajes influyentes durante el Reino Medio y componiendo, entre otros, el famoso Libro de los Muertos, ya en papiro, desde el Imperio Nuevo en hipogeos reales y tumbas de miembros de la elite.

Como es bien sabido, su estrecha conexión con el mundo funerario entre los antiguos egipcios se debe a la idiosincrasia de unas firmes creencias de ultratumba, basadas en la ineludible incorruptibilidad del cuerpo del difunto y la superación de una serie de avatares de ciertas partes no carnales del individuo, que requieren, entre otros rituales, el efecto apotropaico de un sinnúmero de amuletos y el cumplimiento puntual y preciso de las fórmulas mágicas destinadas a guiar los distintos y complejos pasos de la travesía final.

Entre los amuletos egipcios, hallados tanto en ámbito funerario como cotidiano, destacan pequeñas estatuillas de divinidades, escarabajos, nudos isíacos, escalas, escuadras, ojos de Horus, cruces y corazones, de esmaltes, metales o piedras semipreciosas; mientras que los documentados entre distintos pueblos que habitaron el Próximo Oriente Asiático son piedras verdes como el ágata y el ónix y figuras de árboles, cruces, barcos, cornamentas de bóvidos, el disco solar, el creciente lunar y la estrella de Istar.



Cabeza de medusa. Museos Vaticanos

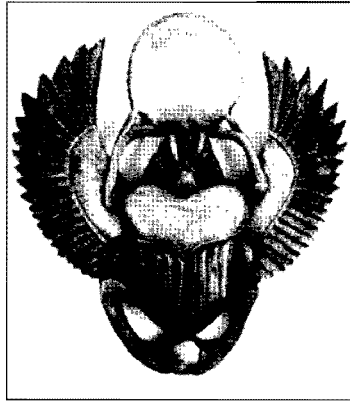
Influir en el destino

Sin duda, una tendencia, la de portar amuletos, igualmente documentada en la esfera del Mundo Clásico. Al respecto, es ciertamente revelador el testimonio de Plinio, quien en su *Natural Historia*, nos transmite, entre otras apreciaciones, noticias de eruditos babilonios acerca del valor de las piedras preciosas y de su acción sobre el destino de los hombres, citando las ágatas contra las picaduras de arañas y escorpiones, su valor tranquilizante frente a las tempestades y su impulso victorioso para los atletas, los diamantes como antídoto contra la melancolía, el jaspé para un buen discurso, la amatista contra la ebriedad, el ojo de tortuga, en la lengua, para predecir el futuro de un día completo, el coral y el ámbar y su acción salutífera, particularmente indicados para los niños, así como las virtudes profilácticas de los metales, destacando las propiedades mágicas del oro y el hierro.

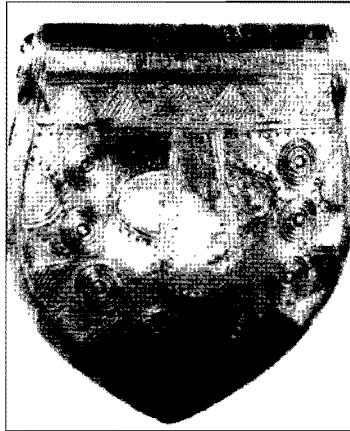
Además, Plinio resalta el valor de algunas plantas, no sólo aplicadas en la práctica de la medicina, sino también en distintos amuletos al mencionar la costumbre de situar ramas ante puertas de templos y estancias, dedicando especial énfasis a la flor del eláboro, como remedio contra las enfermedades incurables y contra la epilepsia; al tiempo que dedica una buena parte al efecto beneficioso de algunos animales, lobos, cabras, perros de color negro, ratas, ovejas, onagros con cuernos o un pequeño pez capaz de calmar los vientos o de mantener inmóvil un navío sobre las olas furiosas durante una tempestad. Nó obstante, entre las citas más curiosas, figura el diente de hiena portado al cuello, el talón de un cerdo, la lengua de un zorro, el huevo de una serpiente o la lengua y el corazón de un camaleón.

La "bulla" y otros amuletos

En muchos casos, los hallazgos arqueológicos confirman las detalladas referencias de Plinio y otros autores antiguos, ilustrando amuletos que fueron portados bajo la apariencia de una joya, en todo tipo de brazaletes, pendientes, collares y colgantes. Una costumbre que entre los romanos y bajo la denominada *bulla*, —un estuche en el que se guardaba el



Escarabajo sagrado. Museo de El Cairo



Bulla romana. Museo de Mérida

amuleto en cuestión como colgante—, llevarían los niños hasta la edad de portar la toga, en referencia a su paso, en líneas generales, a la edad adulta. Con forma de cápsula, saquito o corazón, la *bulla* custodiaba en su interior cualquier tipo de amuleto, no sólo piedras preciosas o piezas de metal, sino también plantas y sustancias con facultades apotropaicas, y era generalmente de oro, en alusión a sus orígenes nobles, aunque también de plata o incluso de cuero con el paso del tiempo, en respuesta a la difusión de su uso entre todos los nacidos libres, más tarde entre los libertos y, finalmente, entre los siervos, documentando la firme creencia en los amuletos que igualmente tenían los sectores menos favorecidos de la sociedad.

Con el mismo propósito, ya en la antigua Grecia y especialmente durante el dominio romano, algunos signos originariamente malignos, como el

Minotauro, la Gorgona Medusa o Scylla experimentaron una evolución que haría de su representación en época helenística y romana

Nuestros antepasados, en el marco de un medio natural hostil en muchos aspectos, intentaron protegerse recurriendo a medios como los amuletos y materiales con supuestas propiedades benéficas.

símbolos benéficos de protección, particularmente en mosaicos que pavimentaban estancias de *domus*, *villae* o establecimientos termales, donde su colocación estratégica pretendía ahuyentar y disuadir el acceso al edificio de los malos espíritus.

Sin embargo, son muchos los relatos tanto mitológicos como históricos que narran los efectos maléficos experimentados a pesar del frecuente uso de los amuletos. Valga entre los de carácter mitológico de la Antigua Grecia las artimañas y el veneno utilizado por Medea en el seno de su propia familia por venganza contra Jasón, o entre los históricos, el hallazgo, en época imperial romana, de *tabellae defixionis*, plaquitas generalmente en láminas de plomo enrolladas con una inscripción incisa con efectos propiciatorios negativos, con una maldición. ©